
Apología de la inmoralidad

Dra. Paulina Rivero Weber

...bueno es volverse a esos hombres que sólo retienen de los descubrimientos, de los métodos y de los progresos técnicos, aquello que pueden aplicar al alivio y a la salud de sus semejantes.

PAUL VALÉRY,
Discurso a los cirujanos

ÉTICA Y MORAL

El objetivo principal de este trabajo es establecer la diferencia entre ética y moral, ya que en esta época resulta pertinente presentar argumentos en pro de la primera. La diferencia entre un concepto y otro va mucho más allá del mero prurito académico por el uso preciso del lenguaje. Cuando diferenciamos la moral de la ética ponemos en juego toda una concepción del bien y del mal, así como toda una forma de habitar el mundo y de valorar las capacidades propiamente humanas, tales como el pensamiento crítico y la libertad.

Conviene partir de algo que todos compartimos: el lenguaje cotidiano. En el habla diaria suele decirse, de manera incorrecta, que cierta persona “no tiene ética”, para indicar que es inmoral. De la misma manera, las personas se refieren a ciertas conductas como “actos éticos” cuando en realidad deberían decir que son “moralmente buenos”. Se califica, en resumen, un acto o a una persona, indistintamente, como “ético” o como “moral”, o bien como “no ético” o “inmoral”. Por si fuera poco, con frecuencia se habla de sociedades *desmoralizadas* o de individuos que se sienten “con la moral alta” o “con la moral baja”; en fin, se usan de manera tan laxa ambos con-

ceptos, que se ha generado una confusión en torno a todo lo que se relaciona con la ética y la moral.

Quizá lo anterior no tenga tanta trascendencia en el lenguaje cotidiano, pues, según el contexto, las personas finalmente logran darse a entender. El problema comienza cuando se intenta aplicar esa misma laxitud en el lenguaje académico, ya sea científico o filosófico. Surgen entonces escritos, disertaciones e incluso libros sobre moral, que ostentan de manera abierta el título de *ética*, lo cual resulta muy grave, porque una cosa es pensar y enseñar a pensar, y otra muy diferente, adoctrinar. Pero es mejor ir por partes.

En estas cuestiones –como en todas– se ha de acudir preferentemente a quienes saben del tema, porque, aunque todos tenemos derecho a opinar, una cosa es expresar lo que pensamos, y otra muy distinta poseer un conocimiento bien fundamentado.¹ Los filósofos, que han dedicado sus vidas a pensar y escribir sobre estos conceptos, han establecido una diferencia radical entre ética y moral. Tal vez el problema para comprenderlos cabalmente consista en que sus reflexiones se encuentran inmersas en sistemas de pensamiento muy complejos, que sólo están al alcance de los especialistas y no del público en general. A lo anterior debe agregarse que cada filósofo usa una terminología propia, y que las traducciones que por 2 500 años se han hecho de sus ideas a nuestro idioma –casi siempre del griego, latín, alemán o francés– por lo regular no coinciden. Pero no vale la pena hacer de este problema algo más complicado de lo que ya es, así que trataremos de presentar este tema tan complejo de la manera más sencilla posible.

Como punto de partida en nuestra búsqueda, resulta conveniente acudir a la etimología de las palabras, no con la intención de guiarnos por medio de los conceptos de una lengua “muerta”, sino precisamente de descubrir lo “vivo” que aún perdura en esos vocablos originales; es decir, lo que todavía conservamos de su significado primordial en nuestro lenguaje y, por ende, en nosotros mismos. Dichos términos nos comunican algo desde Platón y Aristóteles hasta Heidegger. Podemos advertir que las palabras nos hablan de su acep-

¹ En éste, como en muchos otros temas, la filosofía de Occidente sigue a la originaria filosofía griega. Los helenos, sabiamente, distinguían la *doxa* (la mera opinión) de la *episthmh* (el conocimiento fundamentado). Pensemos en un ejemplo médico: todos pueden opinar si conviene intervenir quirúrgicamente a un ser querido, pero a la hora de tomar una decisión, la opinión que cuenta no es la de cualquiera, no es una *doxa*, sino una *episthmh*, la sabiduría del médico versado en el tema. Es –o debiera ser– igual para todas las áreas: hay que acudir a quien tiene una cierta *episthmh* del asunto en cuestión.

ción primigenia y de sus transformaciones. El análisis de esa cadena sucesiva de significados puede llevarnos a comprender los nuevos sentidos que esos vocablos han adquirido a lo largo de su historia.² Expresado en otros términos, hemos de ver cómo se ha transformado su significado, y a qué ha obedecido esa transformación. Reiteramos que las palabras que constituyen el centro de nuestra atención son *ética* y *moral*, la primera procedente del griego y la segunda del latín. Comenzaremos por esta última, que ofrece menos complicaciones: *moral* quiere decir costumbre; su uso en latín siempre alude a los hábitos repetidos de una sociedad. Por ende, consiste en un conjunto de costumbres que han sido elevadas a nivel de normas, y que se asumen como el marco regulativo de una sociedad. Desde esta perspectiva, una *moral* pide “seguidores”; requiere individuos que la hagan suya sin cuestionarla, y por esta misma característica tiene ciertos rasgos gregarios. De hecho no hay una sola *moral*, sino que existen diferentes morales, pues éstas varían a través del tiempo y del espacio. Pongamos un ejemplo harto ilustrativo: en la Grecia clásica, un hombre maduro que limitara sus relaciones amorosas a su esposa, levantaba sospechas: “Algo tendrá, ya que no tiene también un amante hombre... ¡Qué cosa más rara!”, se diría en esa época. Hoy en día no pensamos así; de hecho cuando discutimos el tema de la homosexualidad nos ubicamos en el extremo más opuesto a Grecia,³ ya que nuestra sociedad se caracteriza por una homofobia radical; así, lo que hace 2 500 años era “bueno”, ahora es “malo”.

Podemos concluir que las distintas morales corresponden a diferentes costumbres y, en consecuencia, no son inmutables, sino que cambian. A lo largo de la historia ha habido tantas teorías morales como prácticas morales. De lo anterior podemos colegir que la diferencia entre *ética* y *moral* no es la misma que hay entre teoría y

² Si bien esta idea constituye el núcleo del método genealógico enunciado por Nietzsche en *La genealogía de la moral*, aparece ya en el libro II de la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles.

³ Un ejemplo clarísimo es el rechazo que ha causado la Ley de Sociedades de Convivencia. Dicha ley propone proteger a las personas que deciden convivir para que puedan disfrutar, por ejemplo, del mismo seguro de gastos médicos. Puede tratarse de dos amigas viejas y solas, o de dos jóvenes amantes hetero u homosexuales, o de un grupo de viejos retirados, pero ¿qué escuchan los homofóbicos? No el verdadero propósito de “ley de sociedades de convivencia”; oyen que se trata de una “ley para amparar a los homosexuales” y se rasgan las vestiduras. En contraste, aquella magnífica civilización antigua, cuna de las artes y ciencias, habría respetado aun una ley que amparara exclusivamente homosexuales. En la actualidad tenemos otra moral que cambió a través del tiempo.

práctica.⁴ El cuerpo teórico de la moral tiene como principal característica la pretensión de justificar una serie de dogmas que han de ser considerados incuestionables. De ahí que parta de ciertos presupuestos que no está dispuesta a cuestionar y, en ese sentido, todas sus teorías poseen de antemano respuestas para las posibles preguntas que pudieran formularse.⁵ Respecto de su aspecto práctico, puede analizarse la relación del individuo con una determinada moral y juzgar si su conducta es buena o mala según este punto de vista. Dicho en términos diferentes: la *moral* no es sinónimo de “bueno”, sino que denota si una acción puede ser juzgada como buena o mala, de acuerdo con las costumbres vigentes.

¿POR QUÉ SURGE LA MORAL?

Nietzsche adujo que se originó por el deseo de un grupo social de imponerse a otro. Cuando uno de ellos carece de una posición de fuerza, hace prevalecer sus valores y su forma de concebir la vida. De esta manera, cuando nace un individuo, éste no decide qué valores adoptará, sino que los encuentra como parte de su sociedad, y, si quiere integrarse a ella, debe simplemente seguirlos.

Según lo antes expuesto, el individuo moral pierde de vista que la capacidad de crear valores es una prerrogativa humana; de esta manera, reduce y deprime su propia capacidad para autorregularse, pues acepta sin cuestionamientos como valores absolutos las normas impuestas por una sociedad, una religión o una institución, y como recompensa recibe el calificativo de individuo “moralmente bueno”. Así, el “buen hombre” sigue las normas establecidas sin atreverse a ponerlas en tela de duda. En esta misma categoría entra la beata que

⁴ De la misma manera, existen dos ámbitos: el de la teoría y el de las acciones éticas. Sin embargo, para el teórico de la ética resulta difícil separar estos dos ámbitos, porque en esta disciplina el sujeto que estudia y el objeto de estudio son uno y el mismo: la propia interioridad espiritual. Entendida así, la ética no es sólo filosofía o reflexión sobre lo moral, sino que, en efecto, es esto y algo más: la reflexión que puede impulsar un cambio en el sujeto, pues lo involucra.

⁵ Podemos decir que es la actitud más antifilosófica que existe. Por ello se considera a la ética como una rama de la filosofía; la moral no lo es. La filosofía se distingue por ser una aventura del pensamiento. Nos lanzamos a pensar en la desnudez del alma, en la más auténtica pobreza espiritual. “Solo sé que al saber de mi propia ignorancia y aceptarla –decía Sócrates– soy más sabio que aquellos que creen que saben lo que realmente desconocen.” La filosofía más que certezas nos ofrece preguntas, y elabora constantemente ensayos de respuesta; se lanza al diálogo para ver si acaso puede encontrar una posible respuesta que se mantenga como tal, hasta que no surja otra mejor; filosofar es un perpetuo diálogo sin certezas absolutas.

no olvida uno solo de los mandamientos dictados por la religión; uno y otra son personas que tienen y siguen una moral, vale decir, aceptan una serie de códigos que les imponen desde el exterior y que en manera alguna surgen de su interior.

Sin embargo, los sujetos “moralmente buenos” carecen de algo que sólo puede provenir de su interior: la convicción que brota del autocuestionamiento, de la deliberación libre y auténtica y, por supuesto, de la elección sin imposiciones.⁶ Esto sólo puede existir cuando se ejerce la capacidad humana de pensar, de reflexionar antes de actuar; cuando se plantean algunas preguntas antes de actuar, en lugar de obedecer automáticamente una norma: ¿por qué hago esto?, ¿por qué “debo” hacerlo?, ¿actúo por convicción, por conveniencia o por inercia?, ¿estoy actuando como quiero o como debo? Y al inquirir ¿qué relación ha de existir entre mi “querer” y mi “deber”?; ¿he de hacer lo que quiero o lo que debo? o, ¿tengo que elevar a nivel de deber absoluto precisamente aquello que más quiero? (¿o negarme a lo que menos deseo?)

CUÁNDO SURGE LA ÉTICA

En estos casos en los que se interpone una mediación reflexiva entre el individuo y la norma, la relación con ésta ya no es inmediata, puesto que se encuentra determinada por el ejercicio de las capacidades críticas del individuo. Es en este punto cuando surge la *ética*: cuando un individuo deja de seguir sin cuestionamientos las reglas que la sociedad, el partido, el Estado, la Iglesia, o en general, las normas que el mundo exterior le impone. Acorde a lo anterior podemos afirmar que la ética viene a ser el pensamiento filosófico sobre lo moral. La acción ética –a diferencia de la acción moral– implica una reflexión, una interiorización y, por lo mismo, exige que la persona tenga la valentía necesaria para ser auténtica. En contraste, la moral no exige tanto, sino tan sólo su cumplimiento. La ética demanda que el individuo tenga el valor necesario para someter a juicio la moral vigente, requiere que éste sea capaz de romper con ella (si al analizarla encuentra que carece de fundamentos) y crear algo nuevo. En pocas palabras requiere que cada ser humano tenga la firme determina-

⁶ Cada una de las cuestiones que aquí apenas se esbozan ha sido motivo de profundas deliberaciones durante 2 500 años de filosofía. Cuando se habla de paso sobre estos temas, se corre el riesgo de hacer que una sinfonía se convierta en una canción de organillero. Pero no tenemos más remedio, si pretendemos establecer en tan breve espacio la diferencia entre ética y moral.

ción de ser libre, no sólo para elegir, sino para comprometerse con sus propias creaciones, con los valores que deduce y escoge.

La ética es, pues, parte de la filosofía; y como tal es una disciplina que analiza lógicamente los actos humanos; por ende, constantemente cuestiona lo que se presenta como moral. Se hace énfasis en decir “del ámbito de lo moral” porque la ética no se limita a cuestionar las diferentes morales, sino que además considera y analiza los conceptos que se presentan bajo su amparo; estudia los valores, cómo, por qué surgen, e investiga en general cualquier hecho relacionado con la moral.

En resumen, el ser humano moral, que conoce las normas y las acata de manera inmediata, no pone de por medio la reflexión; no razona, sólo se limita a obedecer. En cambio entre el individuo ético y sus actos existe el cuestionamiento, la deliberación, la libre elección y el compromiso. Dicho en palabras de Kant, la moral es heterónoma, ya que los individuos que la aceptan siguen múltiples normas exteriores sin someterlas a un juicio crítico, mientras que la ética es autónoma, pues el individuo éticamente bueno crea, gracias a sus capacidades intelectuales, sus propios valores, y se impone a sí mismo una ley autónoma tomando en cuenta las limitantes de toda acción.⁷

Mucha tinta ha corrido desde que hace 2 400 años se plantearon y estudiaron los problemas éticos. Pero ya en la antigüedad, Platón dejaba en claro tres cuestiones fundamentales que la ética requiere para constituirse en una rama de la filosofía: 1) deliberar la cuestión por medio de la razón, y no de los sentimientos; 2) pensar por cuenta propia sin hacer caso de lo que diga la mayoría; 3) nunca ser injustos. Parecería que la esencia de la ética estriba en el ejercicio de la capacidad de pensar: *sapere aude*, diría Kant: atrévete a saber, atrévete a pensar por ti mismo.

ÉTICOS O MORALES

Cabe preguntar: ¿para qué ser éticos si podemos ser morales? y, ¿cómo lograr ser individuos éticos? La respuesta a estas dos interrogantes se encuentra detrás de los significados que históricamente ha tenido la palabra *eethos*, de la cual deriva *ética*, que ya tenía su historia en la época de Aristóteles. Sin embargo, debemos remon-

⁷ En el caso de Kant, la limitante de toda acción será la aceptación de que todo ser racional merece respeto, y no puede ser tratado únicamente como un medio, ya que es un fin en sí mismo. Cf. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Traducción de García Morente, México Porrúa, 1982.

tarnos más allá de los tiempos de este filósofo para comprender a fondo dicho vocablo. Conviene, como señala Heidegger, recurrir a los textos homéricos y observar que en *La Iliada* el aedo usa la palabra *eethos*⁸ como sinónimo de “guarida” de los animales; el lugar en donde éstos se protegen de las inclemencias del tiempo o de sus predadores. Así, el *eethos-guarida* corresponde al hábitat que al animal le es propio, en el que se siente más seguro. Quedémonos con ese sentido de la palabra *eethos*, el más viejo, el más originario, y prosigamos el recorrido histórico.

Con el transcurso del tiempo, el sentido de la palabra *eethos* cambió y comenzó a usarse *ethos*⁹ con una sola vocal. Esto sucedió después de que se escribieron los textos homéricos, un momento en que varió su significado, pues ya no tuvo el sentido de “guarida o hábitat”, sino de “costumbre o hábito”. La insistencia en introducir una familia de palabras no es cuestión baladí: hábitat y hábito (al igual que sus predecesoras *eethos* y *ethos*) son términos que pertenecen a una familia de significados, y cuando nos enfrentamos a casos semejantes tenemos que estar atentos, pues las relaciones entre los vocablos aluden a relaciones entre los hechos.

Aristóteles nos cuenta cómo, con el paso del tiempo, la palabra *ethos*, que quería decir costumbre o hábito, volvió a cambiar. La vocal se flexionó y nuevamente se escribió con doble vocal, pero no volvió a su significado original de “guarida”, sino que comenzó a denotar “carácter” o, mejor dicho, “carácter moral”. Este cambio nos indica, según Aristóteles, que el carácter moral tiene algo que ver con el hábito o la costumbre; es decir, que se adquiere o se conquista por medio del hábito o, para decirlo con términos actuales, mediante la disciplina. De hecho, puede afirmarse que el carácter moral *se adquiere* por costumbre, muchas veces sin que el individuo se dé cuenta; en contraste, el carácter ético *se conquista*, con muchos esfuerzos, y con base en él se establecen otros tipos de *costumbres*: las buenas costumbres.

⁸ Nótese que el vocablo *eethos* aparece aquí con una doble “e”; señal de que nos referimos al griego $\eta\theta\omicron\sigma$; escrito con “eta”, que es una vocal doble. Como veremos, esto resultará fundamental en el devenir de esta palabra.

⁹ Nótese que ahora el vocablo se ha transformado, al sustituir una vocal doble por una sencilla: ya no es *eethos* (como $\eta\theta\omicron\sigma$) sino *ethos* (como $\epsilon\theta\omicron\sigma$); la “eta” doble, pasó a “épsilon”, vocal sencilla. El cambio de vocales no responde a una finura filológica, sino a un cambio en el significado fundamental de las palabras.

RECAPITULEMOS:

El primer significado de $\eta\theta\omicron\sigma$ (*ethos* homérico) es *guardida o hábitat*.

El segundo significado de $\epsilon\theta\omicron\sigma$ (*ethos* posthomérico) es *costumbre o hábito*.

El tercer significado de $\eta\theta\omicron\sigma$ (*ethos* aristotélico) es de carácter ético o moral.

Resulta pertinente preguntar ahora ¿qué nos dice esta familia de significados? ¿Qué sentido puede tener la ética para los hombres y mujeres del siglo XXI: una guardida; una costumbre, o un carácter ético o moral?

Desde nuestra perspectiva, el significado de *ethos-guarida* tiene resonancia en la ética de hoy, ya que esta disciplina filosófica puede ser, en efecto, nuestra guardida, nuestra salvación. ¿De quién o de qué nos salva? De muchos peligros; ante todo, de la corrupción del alma. Sócrates, el padre de la ética, enseñó con su muerte que es peor cometer el mal que recibirlo; el verdadero mal es aquel que nosotros hacemos, no el que se hace en contra nuestra. Porque el que infligimos también daña nuestra $\psi\upsilon\chi\eta$, nuestra psiqué, que para él es la verdadera identidad del ser humano;¹⁰ *lo que somos*. Por eso es peor dañar que ser dañado, y la ética nos salva de dañar, de cometer el mal; nos salva de nosotros mismos, de nuestra propia ambición o mezquindad, de nuestras propias debilidades humanas: nos salva de caer, porque es menos malo –dice Sócrates en su Apología– ser alcanzados por la muerte que ser alcanzados por el mal. Hay algo más valioso que la vida: la vida digna, la vida buena.

¿SER ÉTICOS?

No obstante, la ética también es la guardida que nos salva de las inclemencias de la moral. Como ya se afirmó, el individuo nace en una sociedad con una moral que no eligió, sino que otros escogieron, y vive la vida con una mirada prestada, de otros; valora como “debe” valorar, piensa como “debe” pensar, y vive como “tiene que vivir”.

¹⁰ Cabe resaltar que, como lo hizo notar Werner Jaeger, antes de Sócrates los valores fundamentales del pueblo griego eran la salud física, la belleza del cuerpo, el dinero y la juventud compartida con amigos. Sócrates antepone a esos valores, por primera vez en la historia de Occidente, el valor de la psiqué, que acaso pudiéramos traducir como “alma pensante” o *psique*. Cf. Werner Jaeger, *Paideia*. [Hay traducción al español en el Fondo de Cultura Económica.]

Así, pronto aprende que esas cosas no se dicen en público; no se hace tal o cual cosa; sino que debe obedecer.¹¹ La ética lo salva de ser “uno más” del montón, uno más de esos dóciles seguidores, y le hace pensar por cuenta propia y seguir sus propias normas; la ética nos salva de la moral. Por ello decimos que debemos estar dispuestos a ser *inmorales*, si aspiramos a ser *éticos*. Sócrates fue un inmoral y por eso lo condenaron a muerte. Por fortuna siempre hay algunos individuos éticamente auténticos, que son considerados inmorales por la sociedad. No obstante, lo más usual es encontrar a personas que siendo moralmente “buenas”, carecen de ética personal, pues se limitan a seguir ciertas normas “por encima”, es decir, sólo para cubrir las apariencias.

El compromiso que adquiere el individuo ético supera por mucho al que asume un sujeto moral. Cuando éste comete una falta dice: “yo no inventé esa norma, y me resulta muy difícil cumplirla”. Pero el individuo que comete un yerro ético, no encuentra justificación alguna: “yo me comprometí a esto, y me he fallado a mí mismo”. El compromiso ético es más fuerte, más demandante y más doloroso cuando se incurre en una falta. ¿Por qué y para qué buscarlo entonces? ¿Para qué lanzarse a las inclemencias de la ética si se puede estar tan a gusto en la moral? La moral nos hace sentir en casa, y nos brinda el calor humano. La ética nos lanza a la soledad y hace más difícil encontrar comprensión. Pero quizá lo que nos mueve hacia ella es lo mismo que nos lleva al resto de la filosofía: un cierto anhelo de verdad, el amor por el pensamiento libre y la libertad de acción, que es lo que nos hace ser propiamente humanos. Ésta es la gran pérdida de quienes se limitan a ser morales y siguen normas ajenas, creadas por otros, por no tener el valor de cuestionarlas ni de pensar por cuenta propia. Lo anterior es peligroso; un ejemplo del riesgo inherente a la moral lo encontramos en la aplicación del siguiente precepto moral, comúnmente aceptado: “Debes cumplir tus promesas”. Pero qué sucede si el individuo se da cuenta de que arruinará su vida y la de otros por cumplir una promesa, ¿ha de cumplirla? Otro ejemplo: “No digas mentiras”. Pero si mentir hace sufrir menos a alguien y no daña a nadie, ¿no debiéramos mentir? Romper con una norma moral implica ser inmoral; quien miente o no cumple una promesa es inmoral. Sin embargo hay ocasiones en que uno debe romper con la moral en aras de un principio superior: un prin-

¹¹ Este tema proviene directamente del pensamiento heideggeriano. Cf. El análisis de la existencia en *El Ser y el tiempo*. Traducción de José Gaos, México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

cipio ético. Hegel solía poner como ejemplo de esto a Antígona, la mujer que transgredió las leyes de su ciudad por seguir una ley superior: la ley del amor. Si lo pensamos, encontraremos miles de ejemplos del peligro inherente a la moral. Nietzsche hablaba de la necesidad de una ética prometeica: una ética sacrílega, capaz de quebrantar las normas impuestas por los mismos dioses, por amor al crecimiento de la vida.¹²

Estas reflexiones en torno de la ética, en su sentido de guarida, contestan parcialmente al “para qué” de la ética, esto es: ¿para qué ser éticos y no morales? La respuesta es simple pero a la vez profunda: para vivir en la propia casa; para vivir la vida de manera más propia, auténtica, más comprometida y más vital. Pero, ¿cómo hacerlo? La respuesta se encuentra en el paso que da Aristóteles al hablar del *ethos*-costumbre y su transformación al *eethos*-carácter. Las costumbres o hábitos, nos dice este pensador, se van incorporando a nuestro propio ser. En ese sentido el ser humano está en constante cambio, y su destino se teje con base en las costumbres que elige: nuestro carácter traza nuestro destino.¹³ Como dijo el poeta, cada quien es el arquitecto de su propio destino. Si adoptamos costumbres injustas, actuaremos de manera injusta, y nuestras acciones no serán aisladas ni circunscritas, sino que las incorporaremos a nuestro ser. Dicho en otras palabras, un acto contrario a la justicia pasa a ser parte de quien lo realiza, y si a él se suma otro, y otro más, entonces sucede lo que planteó Aristóteles: “acciones semejantes llaman a hábitos semejantes”,¹⁴ así el individuo adquirirá el hábito de la injusticia.

Y una vez que esto ocurre, cuando se cobija en el propio ser, pronto deviene en rasgo de carácter, en este caso, un carácter injusto. Por eso es importante elegir correctamente los hábitos, ya que en ellos radica esa forma de ser adquirida, esa segunda naturaleza que Aristóteles llama carácter.

¹² Recordemos que Prometeo pecó contra los dioses porque amaba a unas desvalidas criaturas, a las cuales ofreció el fuego robado a los dioses, con lo que dio origen a la civilización humana.

¹³ Por ello resulta sumamente significativo un fragmento de Heráclito de Éfeso, el pensador presocrático más importante para la ética: *ethos antropos daimon*: el carácter es el destino del hombre. Heráclito nunca habría dicho: “infancia es destino”, sino “carácter es destino”. Lo que implica que el individuo no está condenado a los condicionamientos adquiridos en la infancia, porque a cada momento puede superarlos, tiene la capacidad de transformar su ser y luchar por la libertad enfrentando las propias determinaciones y condicionamientos. Nunca es tarde para transformar el *ethos* individual y, con él, el propio destino.

¹⁴ Aristóteles. *Ética Nicomaquea*. Madrid: Gredos, 1997.

De acuerdo con lo antes expuesto, toda persona tiene un *ethos*-carácter, pero sólo puede merecer el calificativo de ético cuando se ha conformado de manera activa, deliberativa y libre; cuando el individuo ha elegido conscientemente su propio ser; de otro modo queda limitado a carácter moral. Y aquí viene muy al caso aquella bella metáfora del pensador renacentista Pico della Mirandola, quien nos relata la creación del mundo. Narra cómo cada ser creado acudía a Dios para que le concediera una cierta forma de ser: así le dio un ser a cada ente. Al ave le decía: tú volarás, y harás tal y cual cosa. Al pez, tú nadarás, y vivirás de tal forma. Cuando tocó el turno al ser humano, Dios le otorgó el más bello regalo: no le dio nada, no le dio ser, sino que lo dejó en libertad de adquirirlo, y le dijo algo como esto:

No te daré una forma, ni una función específica [...], tú tendrás la forma y función que desees. La naturaleza de las demás criaturas, la he dado constreñida a mi deseo. Pero tú no tendrás límites. Tú definirás tus propias limitantes, de acuerdo con tu libre albedrío [...]. No te he hecho ni mortal, ni inmortal. Ni de la tierra, ni del cielo. De tal manera, que tú podrás transformarte a ti mismo en lo que desees. Podrás descender a la forma más baja de existencia, como si fueras una bestia. O podrás, en cambio, renacer más allá del juicio de tu propia alma, entre los más altos espíritus, y serás como los Dioses.¹⁵

Éste fue el regalo de Dios al hombre: su libertad, y con ella también le concedió la más alta dignidad. Se trata de una bella metáfora sobre el ser humano, que no es nada, sino que adquiere su ser a lo largo de su vida. Llega a convertirse en Gandhi o Hitler, Beethoven; un asesino, un amante de la vida o un suicida. El pensamiento ético es una invitación a elegir nuestro ser, a dejar de obedecer o funcionar como autómatas; a comenzar a pensar y elegir. Por eso la libertad es la esencia de la ética.

La moral no se ve cumplida en los individuos libres, ya que sólo requiere de simples partidarios. La ética no puede realizarse sólo con fieles incondicionales: precisa de seres libres. La moral entrega “a las puertas de su casa” un lindo paquete con diez mandamientos y una nota que dice: “La cosa es sencilla; sígalos y nunca los cuestione”. La ética, en cambio, resulta más complicada; no entrega nada, nos deja inmersos en un mar de dudas que demandan cuestionamiento y honestidad; además requiere de mucho valor para enfrentarse a lo establecido, lo que puede llegar a costar muy caro, como le ha pasado a todos “los Sócrates” que al retar la moral de su época encontraron la

¹⁵ della Mirandola, Pico. Discurso sobre la dignidad humana. Barcelona: Herder, 1999.

muerte.¹⁶ La ética es el único ámbito en que ejercemos la auténtica libertad, por ello vale la pena ser inmoral, si a cambio se logra ser ético. En ese sentido, la inmoralidad puede ser una gran virtud. De este modo, podemos concluir que la mirada con que vemos al mundo debe ser propia y no prestada, así como la manera en que lo valoramos y la manera en que vivimos y convivimos; éstos son los objetivos fundamentales de toda ética.

¹⁶ No es posible entrar en detalles al respecto, pero *grosso modo* digamos que la moral, al ser gregaria, constituye el fundamento de la cohesión política; cuestionarla es poner en peligro la *pólis*. Al respecto resulta sumamente recomendable el libro: Luri Medrano. El proceso de Sócrates, Valladolid: Trotta, 1998.